



A veces, un secreto une más que la amistad

EL SILENCIO MÁS NOBLE

SUSANA LÓPEZ



Susana López
El silencio más noble

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Susana López, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imágenes de la cubierta: Mujeres en los jardines de Alderdi Eder, © Pascual Marin / Kutxa Fundazioa
Primera edición en Colección Booket: marzo de 2021

Depósito legal: B. 2.319-2021
ISBN: 978-84-08-23925-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

LUCÍA

Aquel verano de 1925 nadie en Ibayá imaginaba que once años más tarde la Guerra Civil trastocaría sus vidas. Las bombas iban a provocar muerte y dolor, a destrozar casas, pueblos, ciudades y monumentos, pero sobre todo estaban programadas para barrer los sueños de un futuro mejor. De haber vislumbrado ese porvenir de tinieblas, los vecinos no habrían podido disfrutar de sus fiestas patronales en honor a san Lorenzo. Pero nada sabían y, como cada año, durante una larga semana, la villa pasaba de su rutina cotidiana de gentes trabajadoras del campo, el comercio y la industria al jolgorio de la música y el baile. Ibayá parecía entonces un ameno hervidero de hombres y mujeres que se arremolinaban en la plaza y en las calles aledañas, excitados como las hormigas ante un terrón de azúcar. Los lugareños se sentían parte del mismo escenario colectivo que ellos mismos engalanaban para la ocasión con banderolas de colores, dispuestas de balcón a balcón a través de un hilo invisible. Y bajo las orlas de papel, hombres, mujeres y niños paseaban sin prisa.

El 10 de agosto era el día grande, y tras la misa de doce los parroquianos llegaban con sus trajes recién almidonados a la plaza del Ayuntamiento. Se situaban en corrillos alrededor del quiosco de la música, un hongo de hierro forjado y piedra, de inspiración modernista, que constituía uno de los orgullos de los ibayatarras, quienes, a falta de lujos estéticos en

sus humildes moradas, se relamían de gusto cuando los vecinos de otras localidades cercanas mostraban su envidia ante tan magnífica obra. Ibayá no era un pueblo bonito, a pesar de que su trazado, sobre un amplio terreno llano, era regular y armonioso y de que tenía el privilegio de asomarse a la ancha ría de la que era localidad ribereña. Y si con estas iniciales cualidades orográficas y urbanísticas no se había transformado en una villa acicalada, era porque sus casas, aunque bien alineadas, resultaban pobres de fachada, de portaluchos estrechos y ventanas angostas, de un rancio color gris de mampostería que disimulaba la suciedad de los humos emanados por los altos hornos de la orilla opuesta, evitando, sin pretenderlo, engorrosos encalados.

Tampoco se parecía a otros pueblos de la provincia. Nada en su fisonomía recordaba a los núcleos pesqueros de casitas blancas y traviesas verdes, azules o rojas que tanto alegraban la vista; tampoco era comparable a los nuevos barrios donde residía la burguesía adinerada, que construía sus palacetes con costosa piedra y los adornaba con vistosas enredaderas que abrazaban los muros en un estilo muy inglés.

Unos años antes el núcleo contaba con poco más de cuatro casas alrededor de la iglesia, casitas humildes rodeadas de huerto, a cuyas puertas, en verano, se sacaba la silla para recoger los rayos de luz que tanto escaseaban en cuanto septiembre desaparecía del calendario. Alrededor del minúsculo pueblo se extendían las tierras de labranza, donde se asentaban los caseríos de los aldeanos, que eran igualmente humildes pero de bella arquitectura, aunque sin las dimensiones ni el poderío de aquellos otros de valles más ricos como los del Txorierrí o Achondo.

En los últimos tiempos, la aldea se había transfigurado a paso acelerado, al compás de una febril, desordenada y algo tardía industrialización. Antes que la zona de Ibayá, otros enclaves de la margen opuesta de la ría conocieron un desafortunado proceso de caótica urbanización, surgida al albur de unas ricas minas que socavaban su suelo de tripas de hierro. Alrededor de aquellas instalaciones mineras, con las que

unos pocos ingleses, franceses, belgas y vascos se llenaban los bolsillos a espuestas, se fueron asentando gentes de todas partes de España, hombres y mujeres nacidos pobres de necesidad que llegaban un día a la tierra prometida para dejarse el alma y el cuerpo por un escaso jornal. La riqueza minera trajo consigo el desarrollo de otras industrias y de la metamorfosis urbanística, demográfica y cultural de toda la comarca. Ibayá carecía de minas, pero estaba bien situada y comunicada, cualidades que los inversores supieron apreciar: astilleros, suministros navales, fábricas de herramientas, plantas químicas y otra serie de complejos fabriles fueron construyéndose, atrayendo a nativos y foráneos, quienes con sus familias incrementaron el padrón en poco tiempo. La iglesia, que durante muchos años vivió rodeada de esas cuatro casas y, sobre todo, de extensas campos de hierba verde, fue quedando encajonada entre nuevos edificios de dos o tres alturas, contruidos para cobijar a los recién llegados. En paralelo a la ría se había construido un ferrocarril de cercanías que lamentablemente dividía el pueblo en dos, pero que fue recibido con alborozo por los vecinos, ya que les permitía llegar en poco tiempo a Bilbao o acercarse los domingos hasta la zona de las playas. Sin duda eran las casas levantadas con prisas y materiales de escasa calidad las que afeaban la villa, amén de unas calles sin asfaltar que en días de lluvia se embarraban, desluciendo su aspecto.

Frente a estos males, el municipio contaba con algunas perlas: a la belleza que aportaba el quiosco modernista se sumaba la nobleza de su ayuntamiento, grande pero de líneas armoniosas, pensado además para el disfrute de los paseantes, ya que, levantado sobre amplios soportales, servía para resguardarse de la lluvia y el viento en invierno y como agradable sombra en verano. Y frente a la casa consistorial se había inaugurado recientemente un nuevo cine, el Abra, que junto al baile y el poteo en las numerosas tabernas, constituía el entretenimiento preferido de los ibayatarras, desde que varios años atrás, en 1902, un vasco francés llegara con sus bártulos a mostrarles cómo las fotografías cobraban vida

cuando se accionaba la manivela del cinematógrafo. Una pretenciosa escalinata daba acceso al edificio de dos alturas, de un moderado estilo renacentista, en cuyo interior albergaba un patio de butacas, el gallinero y una pantalla de cine con escenario que permitía al exhibidor contratar no solo películas, sino también, de vez en cuando, alguna compañía de zarzuela o de teatro.

Sobre la escalinata del cine, apoyando el codo en la balaustrada de piedra, una joven observaba el ambiente de su pueblo en fiestas. Sin querer movía el pie derecho siguiendo el compás del acordeón que con maestría tañía Ángel Muguruza. La muchacha ya había cumplido los dieciocho años el 13 de diciembre, el día de Santa Lucía, patrona de las modistillas, en cuyo honor llevaba el nombre. Los muchachos que pasaban cerca de la escalinata miraban a Lucía Elejalde, y ella se daba cuenta, pero no les hacía caso. Solo tenía ojos para Carmelo Gómez. Para la fiesta del patrono se había puesto especialmente guapa. No llevaba pañuelo en la cabeza, y así dejaba a la vista su precioso pelo azabache recogido en un bonito moño trenzado. Los pendientes que fueron de su madre, dos lágrimas negras de piedra, adornaban su terso y bello rostro, donde resaltaban unos ojos castaños brillantes, vivarachos, que se comían el mundo y que hablaban de un carácter vivo, de mujer que no se amilana y disfruta de la vida. Lucía era menuda y de escasa altura. Bajo su vestido malva y gris se escondía un cuerpo prieto de carnes, de sólida musculatura, pero de poco pecho. La largura del vestido y las mangas hasta las muñecas le impedían enseñar más piel que la de sus manos, aunque, al caminar, un observador avezado contemplaría también sus finos tobillos, embutidos en los únicos zapatos de medio tacón que poseía y que reservaba para la misa del domingo y días especiales, cuando las alpargatas negras quedaban arrinconadas con desprecio en el arcón.

Lucía levantó la mano para saludar a Mila, que se acercaba apresuradamente. Las hermanas tenían un gran parecido físico. Mila era más alta y delgada, aunque menos guapa. Entre ellas hablaban en vascuence, la lengua de sus padres.

—¿Me vas a decir quién es ese chaval que te acompañaba hace un momento? —le preguntó Mila sin siquiera saludarla.

—¿De qué hablas? —respondió Lucía haciéndose la despiadada.

—Vamos, Lucía, que llevo un rato observándoos y tú te reías. A ti ese te gusta.

—Está bien, pero no se lo digas a nadie. Se llama Carmelo Gómez y trabaja en la fábrica, con *aita*.¹

Lucía evitaba ir de visita al caserío familiar. No se llevaba bien con su madrastra. Por eso, cuando sus obligaciones se lo permitían, se acercaba hasta las instalaciones de La Temple y se sentaba junto a su padre, mientras este reponía fuerzas a la hora del bocadillo y escuchaba a su hija. En otras ocasiones se asomaba a la puerta de la taberna de Braulio y, sin entrar, le avisaba para que saliera un momento. Entonces él dejaba a los amigos para beberse en la calle el vaso de vino en su compañía.

—¿Y *aita* no sabe nada? —preguntó Mila extrañada.

—Todavía no, y además no creo que le guste la idea —respondió un tanto alicaída.

—¡Qué dices! ¡Si está deseando que formemos una familia! Ya ves que cuando yo le presenté a Jesús se puso la mar de contento.

—Pero Jesús es vasco, y Carmelo es *maketo*² —contestó mirando fijamente a su hermana.

Mila se quedó un momento pensativa. Luego agarró del brazo a su hermana mayor y con un gesto de confidencialidad le dijo:

—Nuestro padre es un hombre comprensivo; si el chico es bueno y trabajador, al final consentirá, ya lo verás. Que una cosa es la teoría, y otra la práctica.

—¡Qué más quisiera yo!

1. En las notas a pie de página se indicará el significado de las palabras vascas. *Aita*: «padre».

2. Apelativo despectivo que se aplicaba en el País Vasco a los mineros y obreros industriales procedentes de otras regiones.

—Mira, Lucía, por mucho que aita se pase media vida en el *batzoki*³ no creo que vaya a despreciar al pretendiente de su hijita preferida porque sea maketo. Que una cosa es hablar de la patria y otra sacrificar la felicidad de los suyos en nombre de esa patria. Por encima de todo, a nuestro padre le puede su familia.

En realidad, ni Tasio Elejalde ni los demás miembros del partido nacionalista podían reunirse ya en el batzoki, sede oficial del PNV. La dictadura de Primo de Rivera había prohibido los partidos políticos. Pero en los años previos, los nacionalistas vascos supieron entretejer una sólida estructura de asociaciones y grupos culturales y recreativos, algunos de los cuales seguían funcionando y ejerciendo soterradamente labores de captación ideológica, sobre todo entre los jóvenes. Cerrado el batzoki, las asambleas y reuniones políticas se hacían en el caserío de Martín Uribarri, camufladas como jornadas gastronómicas, lo cual obligaba a que los debates se acompañaran de suculentos platos de bacalao al pilpil o de copiosas alubias, por si a la guardia civil se le ocurría asomar por la casa.

Lucía suspiró, agarró la mano de su hermana y la dirigió escalinata abajo, hacia un banco de la plaza que había quedado libre.

—Estamos mejor aquí sentadas, que me duelen los pies. Llevo demasiadas horas con estos zapatos —dijo Lucía.

—¿Te aprietan?

—Cuando se me hinchan los pies, sí, y hoy con el calor que hace los tengo como botas.

Las hermanas se entretuvieron observando el ambiente festivo de la plaza. Unos niños traviosos y mal vestidos lanzaban por turnos una trompa, sin hacer caso a las amonestaciones de los ancianos que temían tropezar con el juguete rodante. Uno de los viejos comentó:

—Malditos críos desvergonzados, ¡*maketos* tenían que ser!

3. Centro nacionalista vasco del PNV. Hasta 1936, la red de batzokis era extensa, y su labor política y cultural, muy activa.

Lucía miró a Mila como diciendo: «¿Ves como no va a ser fácil?». Se levantó muy ufana con la intención de recriminarles por el insulto. Mila la agarró. Entonces, uno de los chiquillos, el más alto, se encaró con el hombre:

—*Maketo*, sí, y a mucha honra, que mi padre vino aquí a ganarse honradamente el pan y a sacar a los vascos de la miseria.

—¡Serás desgraciado!

El aldeano se quitó la *txapela*⁴ e hizo amago de ir a sacudir al crío, pero este y sus amigos salieron corriendo, riéndose a carcajadas.

Las hermanas siguieron conversando, comentando, a veces con malicia, sobre las personas que desfilaban de fiesta. Un codazo de Mila advirtió a Lucía que dejara de hablar en vascuence. Acababa de ver a la pareja de la guardia civil que deambulaba entre los corrillos para cerciorarse de que en Ibayá solo se utilizaba el castellano. A los vascohablantes les resultaba difícil obedecer el decreto aprobado por el directorio militar dos años antes, por el cual se prohibía usar cualquier lengua que no fuera el castellano. Había aldeanos que apenas sabían expresarse en el idioma de Cervantes, y mucho menos escribirlo; otros se pasaban el día traduciendo mentalmente del vascuence al castellano lo que iban a decir, lo cual les suponía un esfuerzo titánico; incluso a aquellos que se manejaban bien en el idioma oficial les costaba evitar que las frases en la lengua familiar les salieran espontáneamente. En cualquier caso, los vascos seguían usando el vascuence en sus conversaciones, pero con precaución, no fuera que les cayera una multa.

Al poco de pasar la guardia civil delante de su banco, las muchachas vieron a su padre caminar hacia ellas, sonriendo, agarrando de la mano a Marichu y a Vicenta, las dos medio hermanas pequeñas. Ni Mila ni Lucía se levantaron, no fuera que otros vecinos, tan cansados como ellas, les quitaran el banco.

—¡Qué guapo está aita! —exclamó Mila.

4. Boina.

—Y tanto. Parece un galán, ¡y fijate qué bien planchada y qué blanca lleva la camisa! Otro mérito no tiene, pero por lo menos la Bruja sabe de limpieza.

La Bruja no era la madre de Marichu y Vicenta, sino la tercera esposa de Tasio, un hombre agraciado físicamente, pero con mala suerte. María Inchausti fue su gran amor, uno de esos amores nacidos en la niñez, entre juegos y escapadas por el campo. Al despertar la pubertad, la amistad surgida entre los dos niños se fue transformando, hasta que un día Tasio se atrevió a besar con delicadeza, por primera vez, los labios de una María de dieciséis años. Aquel beso fue el sello de un cariño que adoptó forma de noviazgo, esperado y aplaudido por las familias de ambos y por los vecinos, que al verlos pasar no dejaban de exclamar que los dos chicos más guapos de la aldea formaban una pareja preciosa. Ciertamente, Tasio era más alto de lo normal, de hombros anchos y piernas largas, con una cara angulosa y un pelo oscuro que le daban un aspecto muy varonil. Junto a Pacho Goicurua y Pedro Lopategui, era considerado uno de los mozos más guapos de la zona, y cuando los tres amigos se juntaban para ir de romería, las chicas de las otras anteiglesias no les quitaban los ojos.

La belleza de su primera mujer no se sabía de dónde venía. Nada más nacer, alguien la abandonó en el portalón del caserío de Miguel y Nieves Inchausti, a quienes Dios no había bendecido con el don de la procreación. Eran las seis de la madrugada, justo antes del alba, cuando Miguel dijo a su mujer:

—Alguna gata anda por ahí.

El llanto hambriento del bebé sonaba como un maullido, pero de una intensidad tan grande que Nieves se inquietó, así que se puso la bata y salió de la casa. Envuelta en una toquilla gris y con el pelo revuelto, cruzó el umbral y, en el suelo, a la derecha de la puerta, vio un capazo de mimbre por cuyos lados asomaban unas puntillas blancas. Estaba segura de que era una canastilla de recién nacido —cuántas veces y

con cuánta pena había arreglado las de sus sobrinos y las de los hijos de las vecinas—, pero tuvo que acercarse para comprobar que lo que había en el interior era un niño y no un gato. Primero se santiguó, «Jesús, María y José», y luego, mientras asomaban de sus ojos unas tímidas lágrimas de emoción, se quitó la toquilla, sacó a la niña del capacho, la envolvió con la pañoleta y la apoyó contra su pecho mientras llamaba, muy nerviosa, a su marido.

—¡Miguel, Miguel! ¡Baja y mira esto!

Era un bebé precioso, primorosamente vestido. Bajo unas sábanas de hilo y una manta de pura lana, Nieves pudo atisbar una carita enrabetada, enmarcada por las finísimas puntillas de una capota de piqué que cubría su diminuta cabeza; el faldón era de batista suiza, y sobre el pecho llevaba bordada una letra eme; bajo el vestido, unas polainas de algodón, muy suaves, protegían a la niña del frío. Cuando Miguel llegó al portalón, al igual que unos minutos antes había hecho su mujer, se santiguó, «Jesús, María y José», miró un instante al bebé, acarició su mejilla ahora calmada y rozó con ternura la cara húmeda de Nieves.

—Es de buena cuna.

—Y tanto —respondió la mujer con la emoción en la garganta, balanceándose de un lado a otro para acunar a la chiquilla—. Fíjate qué ajuar trae, de lo mejorcito, te lo digo yo. Pobre criatura.

—¿Es hembra o varón?

Nieves levantó los faldones.

—Una niña, y necesita que la cambiemos. Así que vamos dentro, mira si en la canasta han metido comida y pañales de repuesto.

En efecto, bajo el colchón encontraron un neceser con lo imprescindible: un biberón lleno de leche y un par de mudas. También, un sobre blanco. Miguel lo abrió mientras entraban al caserío:

—«Yo no puedo hacerme cargo. Sé que ustedes la cuidarán bien.» Es lo único que dice, no va firmada. ¿Qué hacemos?

Se la quedaron. Entonces se entendía que, al dejar el capacho en el umbral de una casa, la madre, seguramente soltera, pensaba que allí la criatura sería bien recibida y bien tratada. Y su voluntad se respetaba. Otras dejaban a su bebé a las puertas de una iglesia, con la esperanza de que el párroco se encargase de encontrarle un hogar. Pocos recién nacidos iban al hospicio, solo aquellos que eran abandonados en el hospital o en medio de la calle, pero eran los menos. El orfanato se nutría sobre todo de huérfanos que habían dejado de ser bebés y que llevaban los apellidos de sus padres.

La niña se quedó en el caserío de los Inchausti. El matrimonio le dio los apellidos y la llamaron María, como muestra de agradecimiento a la Virgen por haber escuchado las plegarias de Nieves y para satisfacer también el deseo de la madre natural, que, estaban seguros, había bordado una eme en la pechera del faldón pensando que su hija debía llevar el nombre de la madre de Dios.

En contra de lo que pudiera pensarse, María no fue una niña consentida, fue educada igual que el resto de los chiquillos de su comunidad, a base de una equilibrada mezcla de cariño y trabajo tenaz, receta puesta en práctica durante generaciones para lograr unos adultos buenos, trabajadores y duros frente a las inclemencias de la vida. Las familias humildes no podían permitirse criar niños débiles. La debilidad del pobre era su certificado de defunción.

Como todo el pueblo conocía la historia de María, a nadie llamaba la atención el contraste entre unos padres tan poco agraciados y una hija que, incluso con delantal y alpargatas, recordaba más a una princesa que a una aldeana. El pelo castaño, muy brillante, de puntas ensortijadas, la tez sonrosada, los ojos de color miel con motitas verdes y una manera mágica de moverse sin hacer ruido y de tocar las cosas sin apenas rozarlas le conferían una belleza poco común entre las gentes de labranza. De niña, recordaba a las criaturas que paseaban con sus años por la playa de Ereaga, sobre todo cuando el Domingo de Ramos Nieves le ponía un vestido blanco para ir a misa. De muchacha siguió siendo igualmente

bella, aunque los cabellos se le oscurecieron hasta adquirir un tono moreno, y sus manos, de trabajar la tierra y la casa, perdieron la tersura de la que solo pueden presumir las mujeres que ni friegan ni barren ni cogen la azada.

Fueron muchas las mentes de la aldea que se pusieron frenéticamente a discurrir sobre la familia de abolengo de la que podía proceder. A los Inchausti no les importaba el origen de su niña y esperaron con paciencia y en silencio a que las infructuosas pesquisas y los chismorreos se apagaran por sí solos.

Con la edad, María se dio cuenta de que ese origen enigmático formaba parte de su atractivo y decidió transmitírselo a sus hijos. Por eso, a Lucía, a Mila y a Sabino les contaba la historia del capacho y les decía, con cierto orgullo, que ellos procedían de alta cuna y que por eso debían cultivar unos modales más refinados, no fuera que, algún día, un hombre elegante, con sombrero, bajara de su carruaje y se presentara como su abuelo rico. Nadie se presentó jamás, y los niños dejaron de soñar el 30 de abril de 1914, cuando su madre murió de neumonía, pero María Inchausti logró con sus cuentos que sus tres hijos destacasen en la vida por sus buenas maneras y por un orgullo que se convirtió en seña de identidad de los Elejalde-Inchausti.

La pequeña Marichu, una regordeta criatura que acababa de cumplir los nueve años, se soltó de la mano de su padre y corrió, alocadamente, hacia sus hermanas. Se abrazó a Lucía, por la que profesaba un amor incondicional, y la llenó de besos. Cuando la niña solo tenía cuatro años, su madre, Sole Zurbarán, segunda esposa de Tasio, también abandonó este mundo al dar a luz a Pedrito, que nació muerto, y desde entonces Marichu se refugió en su hermana mayor.

—¡Jesús, Marichu, qué amores! —le dijo Lucía.

—Es que hace mucho que no te veo.

—Tres días, exagerada, que estuvimos juntas el jueves. ¿Es que no te acuerdas?

—Sí, pero es mucho tiempo. Quiero estar contigo todos, todos, todos los días.

—¿Va todo bien en casa? —le preguntó Lucía.

—Como siempre, ya sabes, con la mandona de la Bruja, que haga esto y lo otro, que esto está mal, que parezco tonta. Pero no he llorado, te lo prometo.

—Pues más te vale, que ya sabes que no debemos darle ese gusto.

El padre estaba más cerca y dejaron el tema. No querían disgustarlo; bastante tenía con soportar a Casilda, su tercera mujer.

Cuando su primera esposa falleció, Tasio Elejalde se encontró con que a las dificultades de una vida de labrador que a duras penas daba para sobrevivir se le sumaba la tarea de cuidar él solo de sus tres pequeños. El mayor, Sabino, aún no había cumplido los diez años, y Mila, la menor, solo tenía seis. El párroco, don Aurelio, decidió tomar cartas en el asunto y echar una mano al viudo: al principio pidió a algunas buenas feligresas que fueran a ayudar en el caserío y que enseñaran a las niñas las labores propias de las mujeres: planchar, cocinar, lavar en la pila, ordeñar las vacas... Pero el favor de las vecinas no era más que un parche, y el caso de Tasio Elejalde, un hombre de fe y cumplidor con la Iglesia y los santos sacramentos, requería una solución definitiva. Así que un día envió a uno de sus monaguillos a la casa de los Elejalde con un recado: Tasio debía acudir a la sacristía en cuanto le fuera posible. El aldeano terminó la faena en la huerta, se aseó, se puso una camisa recién planchada y se presentó ante el cura.

—Buenas tardes, padre, me han enviado recado para que venga a verle.

—Así es, hijo mío. Y voy a ir directo al grano, que ya sé que no tienes mucho tiempo para charlas.

—Usted dirá.

—Anastasio, necesitas una mujer. No puedes criar a tres

chavales y sacar adelante el caserío. Los chiquillos son un quebradero de cabeza y, aunque los tuyos son buenos y muy trabajadores, tampoco podemos esperar que se deslomen.

—Pero, padre, aún estoy de luto como para ponerme a mirar a otras mujeres.

—Lo sé, hijo, y eso te honra, pero en algunos casos el luto se convierte en un impedimento para cumplir con obligaciones más importantes. Ya sé que tú querías mucho a María, Dios la tenga en su gloria, y que probablemente por ninguna otra mujer vas a sentir el amor que sentías por ella. Pero hay muchas clases de amor, y también muchos motivos diferentes para casarse. A veces el matrimonio se impone por necesidad, porque a ambos cónyuges les conviene, y luego, ya sabes, el roce hace el cariño. O sea, que hay matrimonios que nacen del amor y amores que nacen del matrimonio.

Tasio se quedó callado, esperando a que don Aurelio desvelara finalmente sus intenciones, aunque él ya se las imaginaba.

—Hay una muchacha —continuó el cura—, de un caserío del barrio de Goierri, que te vendría bien como esposa.

Tasio seguía con la boina entre las manos, estrujándola nervioso.

—Se llama Sole Zurbarán, es hija de Miguel Zurbarán y de Espe Gorostidi.

—Al padre lo conocía un poco, de verlo en algún ferial, pero no era hombre que alternara ni se relacionara mucho, me parece. Me dijeron que había muerto, ¿no?

—Así es, vivía de puertas adentro, sobre todo desde que enviudó; además, ha estado los últimos cinco años postrado en la cama, enfermo e inútil. Su única hija, Soledad, de la que te hablo, le ha cuidado todo este tiempo, y llevaba la huerta y un par de vacas. De vez en cuando a la muchacha la ayudaban los primos. En fin, que ella es trabajadora como una mula, y la pobre no ha tenido tiempo ni para romerías ni para conocer a ningún mozo. Por eso está soltera.

El cura hizo una pausa y se acercó a Tasio, que seguía de pie, tieso como una vela.

—Tampoco te voy a engañar, Anastasio, no es una mujer guapa, mucho menos si la comparamos con la pobre María, que era como un ángel, pero es buena chica, todo corazón y generosidad, y además le gustan los críos.

—¿Ha hablado usted ya con ella?

—No, hombre, no. No le voy a poner el caramelo en la boca antes de tiempo. Primero quería saber si estabas interesado en conocerla y trabar relación. Te advierto que es tan pobre como tú. Así que no te va a arreglar el bolsillo. No ha heredado nada más que las dos vacas, los aperos, un buey y el ajuar de la madre. El caserío no era propiedad de los padres, sino en renta, y los dueños quieren otros inquilinos; creen que la mujer sola no podrá hacer frente a los gastos. A ella no le han dicho nada todavía. Les he pedido que esperen, por caridad cristiana: no se puede dejar a una buena mujer sin techo ni alimento de la noche a la mañana. Y conste que no te cuento estas desventuras para presionarte, que ya sabes cómo me las gasto, y si no consientes en contraer matrimonio, ya me encargaré yo de que los amos esperen, como me llamo Aurelio.

El padre de Lucía decidió pensarlo. Una semana más tarde, el domingo después de misa, habló con el cura.

—Espera aquí —le dijo don Aurelio.

Al poco rato volvió con Sole, una mujer rechoncha, de cara rosada, muy sonriente. Sonreía con la boca, y con sus ojos chispeantes e infantiles, y con sus manos nerviosas y resacas. Tasio pensó que don Aurelio tenía razón; no se la podía comparar a su María del alma: la mujer era poco favorecida. A pesar de ello, pronto se dio cuenta de que la soltera emanaba una dulzura especial, la bondad de los que son guapos por dentro, de los generosos, de los inocentes, y eso le gustó. El cura los presentó y los invitó a dar un paseo.

Los niños habían vuelto al caserío siguiendo las órdenes del padre, quien se fue con Sole a caminar por el sendero que llevaba a la fuente de hierro. Detrás los seguía don Aurelio, vigilante, con su sotana azabache y las manos enganchadas por detrás, como un pingüino panzudo. Por la noche había

caído rocío y la tierra olía a sana humedad, a hierba fresca, y el sol que templaba el ambiente despertaba a los pájaros de sus nidos, los llevaba a las copas de los árboles y los hacía trinar, convirtiendo el valle en un espectáculo de colores, aromas y sonidos. «Este paisaje es un regalo —le comentaba el cura a Dios por lo bajini—, este buen tiempo es el mejor escenario que podías proveer para que estos dos que pasean por delante hagan buenas migas. Guíalos, señor, guíalos, que los dos se necesitan, y los críos no digamos.»

Delante del sacerdote, Sole hablaba, y Tasio, al principio, se limitaba a asentir. Él era un hombre tímido, sobre todo en circunstancias tan forzadas; necesitaba su tiempo, superar la vergüenza de una cita concertada; le costaba más que nunca seguir la conversación. Nada parecido le había ocurrido con la madre de sus hijos, porque a ella la había tratado desde niño. Sole, sin embargo, se mostraba entusiasmada y hablaba por los codos, como si quisiera recuperar todos los años de enclaustramiento. La muchacha desbordaba energía, exudaba vitalidad, y se la veía fuerte. Lo que más le gustó a Tasio fue su candidez cuando de sus labios brotaron palabras tan sinceras que seguramente ninguna otra mujer se habría atrevido a formular en una primera cita, menos aún sin saber si el muchacho consentiría en seguir acompañándola.

—Si las otras se enteran de que estoy aquí contigo, se mueren de envidia. Alguna seguro que se reiría de mí y diría: «¡Mira Sole: con lo poco que vale y anda por ahí con el chaval más guapo del valle!». ¡Cómo me gustaría verles la cara! —dijo entre risitas nerviosas.

Tasio la miró y sonrió.

—Con tres hijos pequeños, lo de guapo ya no vale. Y además se me pasó la juventud. Las muchachas no quieren viudos que lleven carga.

—¡Jesús, María y José! ¡Llamar carga a los críos! ¡Qué barbaridad!

—Oye, oye —se apresuró a aclarar Tasio—, que para mí no son una carga, sino una bendición, pero ya imaginarás

que muy pocas mujeres están dispuestas a criar a los hijos de otra.

—Igual tienes razón. Pero a mí me gustan tanto los niños que me puedes poner delante a una cuadrilla entera.

Hablaron un rato de los niños, de Lucía, que era muy lista, y de Mila, que aprendía rápido, ya que imitaba en todo a su hermana mayor. Él le confesó que pensaba empezar a trabajar en la fábrica de La Temple, ahora que Sabino tenía edad para ayudarlo en la huerta. Don Aurelio escuchaba complacido el sonido lejano de las palabras, sin entender lo que se decían, pero contento porque había conversación y eso era, seguro, muy buena señal. Al rato Sole se paró, se puso frente al hombre, que le sacaba una cabeza de altura, y, mirándolo con sus castaños ojos brillantes, le dijo:

—Mira, Tasio, eres un buen mozo. Yo ya sé que valgo poco y entiendo que don Aurelio te ha puesto en un aprieto. No pasa nada si no quieres volver a verme, lo entiendo y no me voy a ofender. Le hemos dado gusto al cura y yo he disfrutado con el paseo. Eres un buen padre, un buen hombre, y sacarás adelante a los niños.

Él simplemente le sonrió y le dijo:

—Anda, mujer, lleguemos hasta la fuente, que tengo sed.

Se dejaron guiar por la senda que trazó el párroco. Tres meses después de conocerse, Tasio Elejalde y Sole Zurbarán se casaron en la parroquia, sin más invitados que los hijos de él, su hermana, que hizo de madrina, y el primo mayor de Sole, que la acompañó como padrino. No hubo convite, ya que el luto de rigor se lo habían saltado; al cura no le pareció oportuno, y ellos no quisieron dar que hablar.

La música paró un momento, pero la algarabía de la fiesta seguía en la plaza. Mientras el padre hacía corrillo con unos amigos a unos metros del banco, Marichu, plantada frente a Lucía, cantaba una canción que le había enseñado su amiga Esti:

*Marixtu nora zoaz eder galante hori.
Iturrira Bartolo nabi ba duzu etorri.*

A la niña le hacía gracia que la protagonista del verso se llamara igual que ella, y por eso no podía parar de sonreír pícaramente mientras hacía su representación. La hermana mayor escuchaba embelesada a la criatura, que tenía una voz prodigiosa y que con mucha gracia entonaba la melodía popular mientras balanceaba su cadera con los brazos en jarras. Al oírla se acordó de la que fue su segunda madre, Sole, ya que madre e hija se parecían mucho y tenían la misma voz limpia y melodiosa. Pensó entonces en cuánto hizo sufrir a aquella buena mujer, a la que le costó mucho tiempo admitir en la casa.

Después de aquel primer paseo acompañados por el párroco, Sole y Tasio siguieron congeniando. Sin embargo, el hombre no hizo durante todo ese tiempo ningún comentario a sus hijos. Sabino, Lucía y Mila esperaron, impacientes y temerosos, que su padre les notificara sus intenciones con la mujer, pero hasta que todo estuvo decidido no se habló del asunto en el caserío. Un mes antes de la boda, el mismo día en que el cura, muy satisfecho, colocó las amonestaciones en el tablón de la iglesia, Tasio empezó a hablar del asunto. Era la hora del almuerzo.

—Dentro de un mes me caso. Tendréis una nueva madre que os cuidará bien.

Lucía se quedó mirando aquellos brazos robustos y peludos, imponentes, tostados por el sol y el trabajo al aire libre, colocados sobre la mesa de mármol, mientras pensaba que su padre no había soltado la cuchara para hablar, sino que la mantenía en la mano y la mecía al compás de sus terribles palabras, lo que sin duda, en vida de María Inchausti, le habría costado una recriminación. Los tres hermanos se miraron sorprendidos. Solo Lucía se atrevió a abrir la boca:

—¿Es esa mujer que te acompaña últimamente?

—Sí, y se llama Sole.

—¡Pero si todavía estamos de luto! —protestó Lucía.

Tasio Elejalde miró a su hija mayor con dureza: sus decisiones como cabeza de familia no debían ser cuestionadas por los hijos, mucho menos por unos críos. Sabino dio una patada a su hermana por debajo de la mesa; él tampoco estaba contento por el hecho de que una extraña entrara en sus vidas, pero el respeto a su padre estaba por encima de sus deseos. Así que Lucía calló y, bajo ese silencio impuesto, mantuvo guardado durante mucho tiempo un hondo enfado. Fue a la boda con desgana. Despreciaba a aquella aldeana que le parecía tosca, fea y gorda. Cómo había podido elegir el hombre más guapo de Ibayá a una mujer así, tan distinta a su madre. Él no la podía querer, de eso estaba convencida, y solo se casaba para quitarse trabajo. Con lo bien que podían habérselas arreglado ellos solos.

La misma noche de la boda, cuando Sole se instaló en el caserío después de haber traído las vacas, el buey, los aperos, unas pocas gallinas y un par de conejos, empezó a ganarse el afecto de Sabino y de Mila, que, siguiendo su instinto infantil, se dieron cuenta al instante de que era buena y cariñosa. Pero el afecto de Lucía se le resistió más tiempo. Sole era de esas personas convencidas de que quien siembra amor recibe amor y de que el cariño se extiende con más facilidad sobre las almas cándidas de los niños, seres agradecidos que lo devuelven con creces. Por eso la frialdad de Lucía la inquietaba, aunque no se dio por vencida, segura como estaba de que era cuestión de tiempo. Comprendía que la niña siguiera aferrada al recuerdo de su madre y que a ella la considerara una usurpadora. No hizo falta que la segunda esposa de Tasio escuchara una tarde de septiembre las palabras que Lucía dijo a su hermano Sabino en la cuadra: «Que no piense que la voy a llamar *ama*,⁵ que madre es la que te ha parido». La mirada rencorosa y la indiferencia de la pequeña eran suficientemente elocuentes.

5. Madre.